

LA CIUDAD DE MÉXICO EN EL TRÁNSITO DEL VIRREINATO A LA REPÚBLICA¹

MANUEL MIÑO GRIJALVA. Doctor en Historia por El Colegio de México (1984) y Coordinador del Fideicomiso Historia de las Américas. Ha publicado, entre otras obras: *Obrajes y tejedores de Nueva España, 1700-1810*. Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1991; *La protoindustria colonial hispanoamericana*, México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica-Fideicomiso Historia de las Américas, 1993; *El mundo novohispano. Población, ciudades y economía. Siglos XVII y XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México-Fideicomiso Historia de las Américas, 2001 y con Sonia Pérez Toledo publicó *La población de la ciudad de México en 1790. Estructura social, alimentación y vivienda*. México, Universidad Autónoma Metropolitana, El Colegio de México, Conacyt, 2004. Es codirector del vol. VI de la *Historia General de América Latina. La construcción de las naciones latinoamericanas, 1820-1870*, Madrid, UNESCO-Editorial Trotta, 2003.

La ciudad de México fue fruto de un largo proceso de transformaciones en la que intervinieron elementos tanto sociales como económicos y, evidentemente, naturales. Posiblemente la inundación de 1629 fue la que impactó más en su estructura física y su transformación social. Hacia principios del siglo XVIII se la dividió en cuatro cuarteles, pues el crecimiento de la población hacía difícil su control. Este fue un siglo en que la política de la monarquía tuvo un proyecto de ciudad que se manifestó de maneras diferentes y la gente de la ciudad usó su espacio de manera articulada y libre, aunque manteniendo una realidad asimétrica y socialmente muy desigual. Las líneas que siguen a continuación son un esbozo de estos cambios y transformaciones.

DE CIUDAD MEDIEVAL A CIUDAD MODERNA: LOS CAMBIOS EN SU ESTRUCTURA FÍSICA

La ciudad cambió de manera importante desde la década de 1730, y es sabido que engrosó su número y ensanchó su planta física, sobre todo en la segunda mitad del siglo XVIII. Pero a pesar de epidemias, y sobre todo de la inestabilidad política —porque la independencia en nada afectó a la ciudad— creció poco, pero volvió a crecer en número de habitantes, como vimos de 170 000 a 205 000 entre 1790 y 1840, para lo cual la migración debió jugar un papel importante y no sólo

¹ Parte de este ensayo se publicó en Manuel Miño Grijalva, “Población y abasto de productos alimenticios a la ciudad de México, 1730-1839”, en [...] Núcleos urbanos mexicanos. Mercado, Perfiles sociodemográficos y conflictos de autoridad, México, El Colegio de México, 2006, pp. 19-140 y con Sonia Pérez Toledo, *La población de la ciudad de México en 1790. Estructura social, alimentación y vivienda*, México, UAM-I, El Colegio de México-CONACYT, 2004.

por efectos de un crecimiento natural.² Este crecimiento se dejó observar en su estructura física que se ensanchaba de manera continua y cambiaba de manera estructural. Por ahora debemos aceptar el hecho de que desde una ciudad de artesanos se transitó hasta una ciudad de comerciantes. En términos de su densidad, la zona de la Alcaicería concentraba una población con una densidad 54 por ciento más elevada que la de su zona circundante, relación que descenderá a un 40 por ciento hacia 1811 y al 32 en 1844. Este hecho significaba que en términos sociales se había pasado de una población que en 1753 estaba representada por artesanos (43,3) como habitantes del centro a otra que en 1811 estaba dominada por comerciantes (24,3%), además de registrar un nuevo tipo de residentes provenientes de la milicia de alto rango y la burocracia. En términos generales se puede aceptar que el uso del suelo había transitado del predominio del taller artesanal en 1753 al de tiendas y cajones mercantiles en 1811.³

Económicamente este movimiento sólo implicaba la expansión de la economía mercantil, pero socialmente hay que completar este análisis con el hecho de que no sólo las zonas centrales o primarias, tienen un cambio cualitativo, sino que serán justamente las áreas marginales o secundarias en donde se operarán los cambios más importantes con la incorporación de gentes que migraban de otras ciudades del reino que llegaron en coyunturas determinadas por las crisis agrícolas —no de epidemias— en busca de trabajo y sustento. Esto es así si miramos que hacia el fin del siglo XVIII y primeras décadas del XIX artesanos informales y a domicilio, los llamados, trabajadores de la fábrica de cigarros y sirvientas, dominarán el ambiente de la ciudad. Sin duda, el gran período de la migración se dio a partir de la crisis 1784-86. Los informes hablan de la llegada de “un crecido número de *pobres forasteros* —que llegaron a las ciudades y poblaciones grandes, pero particularmente hacia la ciudad de México— conducidos de la consideración de que en ellas hay más proporciones para ser socorridos”.⁴ Las crisis agrarias, como regla general, arrojaban gentes a las ciudades, mientras las epidemias provocaban el movimiento contrario, hacia el campo. En 1786 se hablaba de “la muchedumbre de mendigos”. Se hablaba también de “ocupar a los muchachos que mendigaban por no tener donde trabajar”⁵

Ya en el siglo XIX, hacia finales de la década de 1820 el vagabundo o el comerciante, vendedor “informal” pululará por las diversas calles de la ciudad vendiendo en banquetas y esquinas, con sus mesas, puestos con dulces, vendimias, “comistrajos”, tripas o azadura más allá de las plazas señaladas. Por ello en 1827 se había mandado “que en las plazuelas de San Juan de Dios, de la Concepción, del Carmen, de la Santísima, de San Pablo, de San Juan de Letrán y colegio de Niñas, se señalen provisionalmente para que se sitúen las fruterías y demás vendimieras que se

² La impresión que tenía Poinssset diez años antes, era de que “la población de la capital, desde la fecha de los cálculos de Humboldt, ha aumentado más bien que ha disminuído”. J. P. Poinssset, *Notas sobre México* (1822), México, Jus, 1950, p.167.

³ Alejandra Moreno Toscano y Carlos Aguirre, “Cambios en la estructura interna de la ciudad de México (1753-1882), en Jorge Enrique Ardió y Richard Schaedel, *Asentamientos urbanos y organización socioproductiva en la historia de América Latina*, Buenos Aires, Ediciones Siap, 1968, p.187.

⁴ En Silvio Zavala, *El servicio personal de los indios en la Nueva España, 1700-1821*, México, El Colegio de México-El Colegio Nacional, 1995, vol. VII, p.332. Subrayado de Zavala.

⁵ *Ibid.*, pp. 333 y 335.

hallan esparcidas por la ciudad en los parajes prohibidos...”⁶ Para el gobierno de la ciudad era notorio “que el número de traficantes y vendedores se había aumentado en tales términos, que era casi imposible darles lugar en las plazas designadas”.⁷ Este tipo de comercio se había constituido en el sostén de gran parte de la población de escasos recursos; es decir, se había pasado de una sociedad con fuertes contenidos gremiales y formales a otra de características más bien informales, a la vez que nuevos sitios residenciales hacían su aparición.

Lo anterior explica que en el lapso de 1833 y 1838 —según atestiguaba Azcárate— la ciudad se había extendido y se iba extendiendo hacia el occidente dejando abandonado el oriente. Los sitios “criazos” y los muladares de Tarasquillo, barrio de Corpus y Belén habían desaparecido, para dar paso a nuevas construcciones: “Todo es nuevo en ellos”. Pues los basureros como por encanto se habían convertido en “regulares caseríos”, que aunque bajos, hermoseaban la ciudad, “haciendo olvidar” la anterior inmundicia, fetidez, desamparo y desmoralización. Y así debió ser, pues para entonces se había embanquetado y puesto alumbrado en algunas calles de recientemente construcción.⁸

Sin embargo, en los barrios de San Lázaro, Tepic, parte del Carmen, Santiago y Nonoalco, el abandono era cada vez mayor, a causa, sobre todo en los tres primeros, de “los aires corrompidos y salitrosos del lago de Texcoco”, pues al retirarse sus aguas en tiempos de “secas”, producían nocivas emanaciones de un terrible mal olor (“hediondez”), pero también aparecía como causa importante el hecho de que esos tres barrios sufrieron las mayores consecuencias de la epidemia del cólera del año 1833. San Lázaro y San Sebastián eran los más insanos de la ciudad, se aseguraba que se debía a que estaban descubiertos completamente por el oriente y por el norte a esa “gran llanura del salado”, tanto que no tenía un solo arbusto. Y es que por San Lázaro pasaba el “gran canal” en el que desembocaban cloacas y atarjeas y era el que se juntaba con las corrientes de Chalco, Xochimilco y Chapultepec, depositando el desecho, las “inmundicias” de la ciudad al lago de Chalco. Era la zona triste de la ciudad, pues además, ahí se asentaban varios muladares, “un lazareto, una cloaca y la acequia conocida por del Carmen” que desembocaba en el puente de las Vacas, pero que dada su escasa corriente de agua, era “insufrible por su asquerosa vista e insoportable fetor”.

A estas condiciones, que parecían casi normales, se sumó los efectos de los temblores de 1838 y 1839 que prácticamente destruyeron el puente “de los Cantaritos” y consecuentemente interrumpieron la comunicación entre el Carmen y San Sebastián. El abandono era, por lo menos en ese tiempo, “irremediable”. Entre las soluciones a este conjunto de problemas se citaba desde la necesidad de su abandono hasta la siembras de árboles de Pirú que resistían bien a los terrenos “tequesquitosos”.⁹ No había duda de que el lago de Texcoco se había convertido en un problema

⁶ *Memoria económica... op. cit.*, p.44.

⁷ *Idem.*

⁸ Para una idea más detallada de la expansión de la ciudad véase el excelente estudio de Ma. Dolores Morales, “Cambios en la traza de la estructura vial de la ciudad de México, 1770-1855”, en Regina Hernández Franyuti, comp., *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX. Economía y estructura urbana*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994, pp.161-224.

⁹ El tequesquite (*tequesquitol*) aparecía de manera eflorescente al evaporarse el agua de los lagos salobres. Es una sal

grave para la ciudad y que en años anteriores a 1838 ya se había planteado esta necesidad.

Hacia el barrio de Santiago, que estaba despoblado, a pesar de haberse promovido su habitación con el reparto de terrenos, “ni aun dando las habitaciones de balde”, decía Azcárate, ausencia que se atribuía al hecho de faltar agua en esa zona y ser el terreno estéril. Se repartió los terrenos y cercaron, pues al parecer había todo un movimiento dirigido por “empresarios” para urbanizar esa parte de la ciudad. Era patente la necesidad de crear una red hidráulica, pues se sabía que por el rumbo de Los Remedios se “desperdicia sin utilidad” y faltaba por Azcapotzalco, Tacuba, San Bartolo y otros, tanto más cuanto había ruinas del acueducto que llevaba el agua desde la alberca de San Copinge.

Había también la necesidad de reordenar el espacio habitacional, sobre todo hacia la garita de San Cosme hasta la Tlaspansa¹⁰, así como de situar la garita de Vallejo en el centro con el fin de fomentar Nonoalco y los Ángeles, pero nada había hecho el ayuntamiento más que dejar todo en manos del interés de un benefactor. Además, en el norte se había construido ya un panteón por la acequia de Santa María, el que llevaba su nombre y se citaban “los hospitales” que, según el funcionario, debían ser reubicados de allí, el primero a la Piedad y el segundo al convento del Belén o al colegio de San Miguel. Era, sin duda, una ciudad en movimiento, aunque sin recursos. Un viajero inglés que por esas épocas llegó a la ciudad de México, se extrañó al conocerla en esas circunstancias y tal vez exagerando dijo que en ella “todo era miseria y soledad”, a la vez que profería una exclamación ya típica del siglo XVIII: “entramos en los barrios bajos y lodosos, cuyos habitantes se cubren de harapos y se envuelven en colchas de lana”.¹¹

En el sur también se habían quedado estacionadas las carencias, pues existían callejones sin ventilación, con tapias que no tenían orden ni concierto, los caños tapados y las calles enfangadas en tiempos de lluvia, como la acequia sin bordes en la que “desfogaban” las atarjeas que allí iban a parar, además de los tiraderos de atrás de la Merced. De suerte que esta inmundicia perfuma una cuarta parte del circuito de la ciudad”, pues el agua que venía por la zanja de Belén no tenía la suficiente fuerza para llevarse la inmundicia. Se debía limpiar las acequias y tapar las atarjeas, obras que debieron suspenderse por falta de dinero. Además, las necesidades de los agricultores cercanos determinaban que tomaran el agua del cañón de Chalco, lo que originaba que se interrumpiera la navegación y tránsito a la ciudad. Ciénegas de otros tiempos empezaban a secarse y el agua hacía sentir su carencia.

Así, es evidente que la ciudad de México, como cualquier ciudad, tenía zonas de crecimiento, nuevas y hermosas, pero también tuvo aquellas que el tiempo, la epidemia y la crisis, deterioraron. Sin embargo, había nuevas obras, aunque el ayuntamiento no podía solventar el funcionamiento de las antiguas. La construcción mostraba también que las carencias públicas no eran las carencias privadas, por el alto consumo de madera, que llegó a la ciudad y por el incremento de carbón y leña, causado por “negociaciones de alambique, máquinas de vapor y aumento de baños”, es decir, y que revelaba que el sector productivo y de servicios crecía.

natural compuesta por sesquicarbonato de sosa y cloruro de sodio

¹⁰ Así se llama la arquería de donde dimanaba parte de las mercedes de agua para la ciudad.

¹¹ Bullock en *Viajes en México. Crónicas extranjeras*. Edición de Margo Glantz. México, SepSetentas, 1982, p.139.

Había, además, una rápida expansión de la planta física de la ciudad, aunque ésta, siendo básicamente marginal, por los barrios en donde se dio, su renta debió necesariamente ser menor, lo que no pasaba en edificios del centro de la ciudad que llegaron a reconocer una renta del 16 por ciento de su valor. La pregunta permanente es de dónde salía el dinero en una época en la que se supone no había? Sin embargo, está solo es una idea transmitida desde fuentes oficiales y discursos de la época. Gómez de la Cortina muestra que si bien antes solo había “unos cuantos particulares millonarios, que hacían un monopolio del dinero y del comercio” subordinando a los demás sectores económicos, hacia finales de la década del treinta la ciudad contaba con “un considerable número de propietarios y capitalistas de mediana fortuna que entonces no existía”. Qué sector de la sociedad padecía de la crisis atribuida a ese tiempo? El oficial.

El mismo testigo de la época afirmaba que “la falta de recursos y la escasez que de ella dimanaba se advierten únicamente en el gobierno y en todos los ramos é individuos que dependen de él, lo cual es cosa muy distinta”.¹² Y esta aseveración es correcta, por ello es que los inquilinos de la época que trabajaban en las oficina públicas apenas alcanzaban a cancelar sus alquileres, porque si bien era cierto que era factible el pago de los arrendamiento, el problema para el propietario era que de muchos inquilinos había de sufrir atrasos y deudas, “que aunque honradísimos no tienen con qué pagar, porque la arca pública falta a las pensiones y sueldos que por sus servicios les han señalado”.¹³ De todas formas, difícilmente podemos afirmar que la ciudad atravesaba por un periodo de bonanza. Se aceptaba que si bien “se ha hecho muy común entre nosotros de algún tiempo a esta parte la manía de encarecer la miseria general de la nación”, esta era políticamente manipulada, era “una de las muchas ideas falsas”, fruto de las conmociones intestinas¹⁴ y no de la situación real del país. Tal vez por ello la ciudad presentaba señales de carencias y abandono. En la década de los años 1820, una de las peores épocas en la transición, el ayuntamiento comprobaba las “notorias escaseces del fondo municipal”. La descripción era patética: estaban “las calles y barrios sin aseo; los hospitales míseramente atendidos; las cárceles con una deuda considerabilísima al proveedor [...] los maestros de las escuelas públicas sin sueldo”,¹⁵ etc. Como quiera que sea, entre la segunda mitad del siglo XVIII y primera del XIX, el ordenamiento de la ciudad fue evidente, se había pasado de una ciudad de tintes medievales a otra de tipo moderno, en la cual predominaron los principios de salubridad. Se la dotó de funcionalidad, orden y belleza, que en muchos casos tardaron en llevarse a la práctica,¹⁶ pero corresponde a esta época el mérito de su planeación.

¹² José Gómez de la Cortina, “población”, op. cit., p.23, nota 16 [p. 75 de la edición de Mayer Celis]

¹³ Azcárate, *Noticias estadísticas, op.cit.*, p.33.

¹⁴ *Idem.*

¹⁵ *Memoria*, p.3

¹⁶ Regina Hernández Frnayuti, “Ideología, proyectos y urbanización en la ciudad de México, 1760-1850”, en [...] *La ciudad de México*, p. 157.

LAS FORMAS DEL MUNDO SOCIAL

Durante las últimas décadas los estudios sobre la ciudad histórica han puesto mucho empeño en explicar la relación de ésta con su *hinterland*. Se afirmaba que se ha avanzado en torno a nuestra comprensión sobre los sistemas urbanos, al mismo tiempo que se detenían las investigaciones sobre la estructura espacial interna de las ciudades.¹⁷ De la misma forma, a la par que se comprendía mejor el funcionamiento del sistema económico, el avance sobre nuestra comprensión en torno a los grupos sociales se había detenido prácticamente a inicios de los años ochenta. Y lo que sabemos está restringido a unas cuantas ciudades, ciertamente las más importantes. Sabemos significativamente más sobre la familia,¹⁸ los comportamientos colectivos,¹⁹ la reforma urbana de las ciudades a finales del siglo XVIII, la propia estructura social y ocupacional de ciudades como Querétaro o Guanajuato,²⁰ así como los estudios de varios censos, particularmente de 1777 y 1788 para varias parroquias y ciudades novohispanas,²¹ este conocimiento, como es obvio, ha sido desigual, acentuado, sobre todo, después de los imponentes trabajos de Thomas Calvo para Guadalajara del siglo XVII.²²

Podemos, por una parte, mostrar que hacia finales del siglo XVIII la complejidad social se había extendido y multiplicado con el crecimiento demográfico y por otra, que ya no correspondía exactamente a sus formas originales y que si bien en el nivel más alto la corporación fue el soporte de la estabilidad de la estratificación social,²³ en el más bajo, había perdido fuerza con la expansión de sectores subalternos agregados por migración o crecimiento natural de la ciudad. Se comprobará esta situación con la notable presencia de jornaleros y trabajadores asalariados que actuaban al margen de la corporación gremial. Las corporaciones habían quedado

¹⁷ Alejandra Moreno Toscano y Jorge González Angulo, “Cambios en la estructura interna de la ciudad de México (1753-1882)”, en Jorge E. Hardoy y Richard P. Schaedel, *Asentamientos urbanos y organización socioproductiva en la historia de América Latina*. Buenos Aires: Ediciones Siap, 1968, p. 171.

¹⁸ Pilar Gonzalbo Aispuro, *Familia y orden colonial*. México: El Colegio de México, 1998. Y últimamente la tesis de Cecilia Rabell, “Oaxaca en el siglo XVIII. Población, familia y economía” (Tesis de doctorado), El Colegio de México, 2001.

¹⁹ Juan Javier Pescador, *De bautizados a fieles difuntos. Población, familia y mentalidades en una parroquia urbana, Santa Catarina de México, 1568-1820*. México, El Colegio de México, 1992.

²⁰ Celia Wu, “The Population of the City of Querétaro in 1791”, en *Journal of Latin American Studies*, XVI: 2 (nov.) pp. 287-307. David Brading, “La ciudad en la América borbónica: elite y masas”, en Jorge Enrique Hardoy, *Las ciudades de América Latina y sus áreas de influencia a través de la historia*. Buenos Aires, Ediciones Siap, 1975, Mineros y comerciantes en el México borbónico, 1763-1810. México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

²¹ Águeda Jiménez Pelayo, Jaime Olveda y Beatriz Núñez Miranda, *El crecimiento urbano de Guadalajara*. México, El Colegio de Jalisco, H. Ayuntamiento de Guadalajara, CONACYT, 1995; Carmen Blázquez Domínguez, Carlos Contreras Cruz y Sonia Pérez Toledo (coords.), *Población y estructura urbana en México, siglos XVIII y XIX*. México, Instituto Mora, Universidad Autónoma Metropolitana, Universidad Veracruzana, 1996.

²² Por citar los más importantes, *Poder, religión y sociedad en la Guadalajara del siglo XVII*. México, Ediciones del Ayuntamiento de Guadalajara, Centre D’Estudes Mexicaines et Centramericaines, 1992 y *Guadalajara y su región en el siglo XVII. Población y economía*. Guadalajara, Ediciones Ayuntamiento de Guadalajara, 1992.

²³ Véase L. N. McAlister, “Social Structure”, *art. cit.*, p. 352.

reducidas a mambres de distinción y estatus social con escasa vigencia normativa y de organización. Esto no quiere decir que en la mentalidad de la época y en el comportamiento colectivo hubiesen desaparecido, o incluso hubiese disminuido su importancia. Las dimensiones cuantitativas de la ciudad y la creciente disparidad económica, alteraba profundamente la estructura social general.

Para los testigos de la época era claro que las “familias principales patricias [...] no son demasiadas”, como tampoco lo eran “los que componen los cuerpos de los tribunales, ambos cleros, colegiales, empleados en la Real Hacienda y los dedicados al comercio”. La mayoría o el “resto es un enjambre ó cúmulo puramente plebeyo”. No había más división que aquella marcada por un problema de clase que en la época se traducía en la expresión de “la disparidad de las dos poblaciones [...] que en la una es más la gente culta o *morigerada* y en la otra la *gentualla* grosera y desarreglada”.²⁴

Por otra parte, y refiriéndonos a la distribución espacial, por lo menos en teoría, no hay ningún cambio sobre el patrón anotado para la “ciudad colonial” o tradicional, es decir que quienes formaban parte del estrato social más alto tendían a concentrarse en el centro, mientras que los pobres o menos favorecidos se ubicaban en la periferia.²⁵ Sin embargo, esta puede ser una simplificación de la literatura urbana, ya que en el centro se encontraron tanto viviendas modestas y pobres como en los extremos de la ciudad, aunque no es posible observar que la gente de grandes recursos habitaba en los cuarteles “periféricos”. Por otra parte, la distribución espacial de la población muestra que, por lo menos cuantitativamente, hubo un equilibrio al interior de las unidades de los cuarteles mayores, lo que implicaba que más allá de las diferencias socioeconómicas evidentes, hubo un perfecto conocimiento y control de la ciudad que engarzaba las diversas zonas como un todo, capaz de que las partes extremas o periféricas vivían en función de las centrales y viceversa en diversos grados y niveles, esta totalidad despeja la duda permanente de saber en donde termina el centro y empieza la periferia o qué es lo que determina lo uno o lo otro, pues el abuso de los conceptos ha sido frecuente. Centro y periferia resultan conceptos anacrónicos porque la ciudad del siglo XVIII y buena parte del XIX funcionó con base en lo que yo llamaría “segmentos sociales”, constituidos por barrios, iglesias y parroquias; gremios y santos que conformaban unidades sociales por sí mismas y que llegaron a tener su propia identidad. En términos del funcionamiento económico la ciudad funcionó como un todo más bien armónico que en conflicto.

Pero ¿cuál fue la distribución demográfica interna de la ciudad de México al caer el siglo XVIII? Con los datos que resume Alzate del censo de Revillagigedo sobre la distribución por cuarteles, podemos corroborar que por una parte fue la zona central la que concentró mayor población, lo que obviamente venía ocurriendo desde su fundación, pero por otra, que cada cuartel mayor tenía en su interior un cuartel menor dominante demográficamente, posiblemente por un problema de equilibrio en la administración de la ciudad. El siguiente cuadro muestra los porcentajes de esta distribución espacial:

²⁴ Miguel Páez de la Cadena, AGNM, Historia, volumen 74, fs. 144 r y 144 v.

²⁵ Alejandra Moreno Toscano y Jorge González Angulo, “Cambios en la estructura interna”, *art. cit.*, p. 172.

CUADRO 1. POBLACIÓN DE LA CIUDAD DE MÉXICO POR CUARTELES

1790

CUARTELES MAYORES	HABITANTES	%	CUARTELES MENORES	HABITANTES	%
I	19 366	18.46	1	8 384	7.99
			2	5 573	5.31
			3	2 821	2.69
			4	2 588	2.47
II	16 629	15.85	5	7 021	6.69
			6	4 072	3.88
			7	4 426	4.22
			8	1 110	1.06
III	14 022	13.36	9	2 783	2.65
			10	2 733	2.60
			11	6 181	5.89
			12	2 325	2.22
IV	16 300	15.53	13	3 192	3.04
			14	7 706	7.34
			15	3 077	2.93
			16	2 325	2.22
V	11 202	10.67	17	5 693	5.42
			18	1 162	1.11
			19	2 209	2.10
			20	2 138	2.04
VI	8 202	7.82	21	2 367	2.26
			22	2 179	2.08
			23	1 872	1.78
			24	1 785	1.70
VII	10 830	10.32	25	2 571	2.45
			26	2 860	2.72
			27	2 054	1.96
			28	3 345	3.19
VIII	8 384	7.99	29	2 241	2.14
			30	1 497	1.43
			31	3 151	3.00
			32	1 495	1.42

Es evidente que los cuarteles menores 1, 5, 11 y 14 concentran el 27.9% del total de la población registrada. No hemos hecho aún cálculos sobre densidad de población, pero posiblemente coincide con las estimaciones que conocemos, es decir, que como en 1753 y 1811, la zona de la Alcaicería, ubicada en el cuartel 1, concentraba una población con una densidad 54.1% más elevada que la de la zona circundante, primacía que mantendrá a pesar de descender a un 40% hacia 1811.²⁶ De la misma forma, la diferenciación socioétnica se ve definida por una mayor concentración de españoles —si seguimos nuestros propios cortes— en el cuartel 1, que reunía al 49.5% de población catalogada como criolla, mientras la indígena sólo representaba el 18.3%. En cambio el cuartel extremo, el número 20, al que no le llamaría periférico ni marginal, a pesar de contar únicamente con 2 138 habitantes según el ajuste de Alzate ó 2 179 personas según Revillagigedo, era la población indígena la que concentraba la mayor población seguida por los mestizos, distribución también distinta a lo que ocurrió al otro extremo, en el lado norponiente, en donde la población mayoritaria era española y mestiza, aunque ya no lo era en una proporción tan grande como en la zona central, pues sólo llegaba al 29.6%, mientras la indígena apenas representaba el 14.0 por ciento.

Sin embargo, no podemos confirmar que en 1790 el centro de la ciudad haya cambiado en su composición social, es decir, que si en 1753 su población se ocupaba básicamente en el trabajo artesanal hacia 1790 se notara ya un cambio hacia un espacio dominado por los comerciantes. Sigue siendo un espacio artesanal y de servicio doméstico, pues los comerciantes, si bien son numerosos, están muy atrás de los dos grupos anteriores.

Podríamos retomar, de manera provisional, con fines metodológicos, el hecho de que si bien en 1753 el promedio de sirvientes domésticos en la zona de la Alcaicería era de 212 y subió a 489 en 1811, como apuntaron Moreno Toscano y González Angulo, nuestros resultados apuntan a que en 1790 sólo en el servicio doméstico entre hombres y mujeres se encontraba ocupada una población de 1 055 personas. Ellos han propuesto que la línea ascendente se debe a que aumentaron, “proporcionalmente, los jefes de familia que emplean más de dos sirvientes domésticos y porque esos jefes de familia son generalmente españoles peninsulares”.²⁷ Pero es poco probable, apenas eran el 4.3% de la población total. Pudo ocurrir lo contrario, es decir que 1790 representa el año pico en el cual las familias españolas, peninsulares y hasta mestizas pudieron dar empleo a un máximo de personal doméstico, luego, con el deterioro de las condiciones de vida, ya no pudieron sostener a tantos empleados, por lo que tuvieron que despedirlos o servirse de un número menor. Esto explicaría bien una caída hacia los 489 de 1811. Pero aceptar esta hipótesis sería tanto como plantear que entonces estaba ocurriendo una transformación profunda en el mundo de las costumbres, los ingresos y de la cultura material, lo cual no es tan cierto, simplemente muestra que, a pesar de todo, el censo de 1790 es, como fuente, infinitamente superior a los de 1753 y 1811 para medir la estructura y la composición

²⁶ Alejandra Moreno Toscano y Jorge González Angulo, “Cambios en la estructura interna de la ciudad de México”, p. 187.

²⁷ *Idem.*

laboral.

Finalmente, una consideración sobre los migrantes a la ciudad de México en 1790, es que fue éste un contingente que repercutió de manera decisiva sobre la constitución de la fuerza de trabajo de la ciudad. Como se analizará en las páginas siguientes, son las mujeres las que migran en mayor proporción, siendo más acentuado el fenómeno en el sector indígena con 63.75% por 36.24% de los hombres, proporciones muy parecidas tuvieron los mestizos, mientras entre los españoles el porcentaje es de 55.22% por 44.78%, casi parecido con el de los negros. Por su parte, los españoles peninsulares invirtieron la proporción, pues el censo registró 89.74% de hombres por 10.26% de mujeres. El cuadro siguiente resume la situación

CUADRO 2. POBLACIÓN MIGRANTE SEGÚN CALIDAD ÉTNICA POR GRUPOS DE EDAD LA CIUDAD DE MÉXICO, 1790. CUARTEL 1

EDAD	INDIOS		ESPAÑOLES DE MÉXICO		ESPAÑOLES PENINSULARES		MESTIZOS		TOTAL		TOTAL
	HOMBRES	MUJERES	HOMBRES	MUJERES	HOMBRES	MUJERES	HOMBRES	MUJERES	HOMBRES	MUJERES	
TOTAL ^a	199	350	446	550	271	31	131	236	1 098	1213	2 311
0-4	0	2	0	0	0	0	0	0	0	2	2
5-9	4	9	7	1	1	0	0	1	12	11	23
10-14	18	31	26	11	3	1	7	14	54	62	116
15-19	53	69	34	33	17	0	21	43	131	151	282
20-24	33	77	44	67	30	7	24	42	138	202	340
25-29	21	37	50	82	30	4	21	38	129	166	295
30-34	16	32	74	82	39	3	20	26	159	152	311
35-39	14	19	50	56	26	1	12	15	107	93	200
40-44	17	27	49	70	32	3	11	24	113	117	230
45-49	4	11	36	44	25	2	3	7	69	68	137
50-54	6	19	24	40	36	6	3	7	72	79	151
55-59	5	6	10	22	10	2	3	13	29	43	72
60 y más	8	11	42	42	22	2	6	6	85	67	152
%	36.25	63.75	44.78	55.22	89.74	10.26	35.69	64.31	47.51	52.49	

^a En los totales se han incluido 51 hombres negros y 66 mujeres de la misma calidad.

En general se puede observar que la población registrada en el momento del censo fluctuaba entre los 15 y 24 años, pues el 18.26% estuvo conformado por gente entre esas edades, y prácticamente se mantuvo estable hasta los 44 años, con un ligero incremento entre los 30 y 34 años, baja un poco entre los 35 y 39 años, pero la pendiente se acentúa después de los 44 años. Pero esta distribución cambió entre grupos. Los indígenas que habían migrado hacia la ciudad contaban en 1790 con 15 y 19 años, como es obvio debieron haber llegado antes, aunque no sabemos edad de arribo, mientras que los españoles de México contaban de manera predominante con 30 y 34, por lo menos este fue el caso de los peninsulares, en cambio entre los mestizos se movilizaron entre los 15 y 24 años.

Los promedios de edad para 1790 son altos: los hombres del grupo indígena tenían en promedio a los 28 años y las mujeres 28.2. En cambio los españoles de México y los peninsulares registraron una edad de entre los 35 y 36 los primeros y un poco más viejos los peninsulares con 38.6 y 37.8 años. Si pensamos que el promedio de edad del matrimonio se ubicó entre los 16 años y los 20, para mujeres y hombres indígenas, y entre 20 y 25 para hombres de los otros grupos, llegaríamos a la conclusión de que quienes optaron por salir de sus lugares de origen eran solteros o viudos que podían moverse con mayor facilidad en el mercado laboral, sobre todo en el caso de las mujeres para el servicio doméstico, sin descartar a casados que no declararon su estado marital. Esta aseveración es factible si observamos que los segmentos de 0-4 hasta los 14 años son muy bajos, pues apenas registraron 141 personas o el 6.1%. El grupo de peninsulares, que suponemos eran parientes pobres jóvenes que llegaban a la ciudad desde España en busca de empleo y fortuna, lo habían hecho hace mucho tiempo, pues más del 60 por ciento registraba entre 30 y 60 o más años en 1790. Si llegaron jóvenes es que el movimiento migratorio se produjo hacia 1780 o antes y por el contrario, si llegan “viejos” es que este movimiento tuvo que ver principalmente con cargos oficiales y un estatus ya establecido. Sin embargo, no hay que olvidar que sólo se trata del caso de un sólo cuartel.

CONCLUSIÓN

Una de las reflexiones finales que pueden desprenderse del análisis de estos tres cuarteles en términos de su estructura de grupos, es su heterogeneidad espacial. Los cuarteles mayores mantienen en su interior una jerarquía demográfica encabezada por uno de sus cuarteles menores. En relación a la calidad de los cuarteles analizados se observa una diferente constitución étnica, pues mientras el cuartel 20 era principalmente indígena, el del centro es español y el del noroccidente en general pueda notarse el predominio del grupo español y mestizo.

Por otra parte, la población de este núcleo de la ciudad estuvo constituido por población joven. Hasta ahora hemos sabido, de acuerdo a los censos de 1753 y 1811, que la población de la ciudad era mayoritariamente adulta, “envejecida”, lo que no sucedía en las poblaciones pequeñas.²⁸ Por ser años posteriores a crisis de subsistencia importantes, podría pensarse que la causa principal radicaba en que este “envejecimiento” era producto de la migración, de gente que llegaba a establecerse sin su familia e hijos, pues se ha calculado que se trataba de una tendencia que duró hasta las primeras décadas del siglo XX. Sin embargo esta hipótesis es, ahora, poco probable. Los datos del censo de 1790 meten mucho ruido para confirmar esta idea, pues la migración a la ciudad fue elevada, y al parecer generó un crecimiento de población joven desempleada, pero esencialmente joven. Las cifras y cálculos sobre la edad de los artesanos,

²⁸ *Ibid.*, p. 400.

comerciantes, servidores domésticos, etc., muestran que fue así, más el 39% de la población fluctuaba entre 0 y 16 años, exactamente igual a Londres en 1821.²⁹

Al contrario de lo que hasta ahora se había pensado, los comerciantes no habían nacido en España, la gran mayoría dijo ser originaria de la ciudad de México y mucho menos dijo haber nacido en la Península, aunque figuran originarios de Asturias, Santander y Vizcaya; en cambio los cajeros, más jóvenes, sí eran predominantemente originarios de la Península.



²⁹ R. H. Hollingsworth, *Demografía histórica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 294.